

de tiempo ciento cincuenta mil soldados extranjeros en las plazas fuertes y en las fronteras, la que era una especie de cuarentena que se imponía á Francia. Estipulóse tambien que cada uno de los aliados se obligaba á dar sesenta mil hombres, en caso de que se moviera aquel reino para reprimirlo.

Las provincias meridionales se sublevaron contra los bonapartistas; en Aviñon fué muerto el mariscal Brune, en Tolosa el general Ramel y muchos fueron asesinados en otros puntos sucesivamente.

Disolvióse el ejército, impúsose silencio á los periódicos, y á los ingleses se acuartelaron en Paris, cuyo gobernador á la sazón era un general prusiano. Las demas tropas acamparon alrededor de esta capital. Luis XVIII impuso una contribucion extraordinaria, aunque la *Carta* lo vedaba; destituyó á veintinueve pares, é hizo formar consejo de guerra á diez y nueve generales, entre los cuales estaban comprendidos Ney y Labe-

habia hablado en los términos que acabo de explicar." *Mémoires, correspondance, et manuscrites du général Lafayette, publiés par sa famille.* T. V. pág. 311. Paris 1838.

El emperador Alejandro de Rusia fué el que se mostró animado con preferencia por sentimientos verdaderamente liberales, y sus palabras fueron siempre un testimonio de moderacion y afecto inspirados por el deseo de agradar al pueblo. Con este motivo queremos trascribir el breve discurso que Alejandro dirigió á los *maires* de Paris en Pantin.

"La suerte de las armas me ha conducido hasta aquí; vuestro emperador que era mi aliado me engañó tres veces, y finalmente, marchó á mis Estados pretendiendo penetrar en el interior de mi imperio, acarreando consigo males incalculables, cuyos vestigios no se borrarán por largo tiempo. Una justa defensa me ha obligado á venir entre vosotros; pero estoy muy lejos de pagar á Francia los perjuicios que me ha causado con otros tantos males. Los franceses son mis amigos y quiero darles á conocer que he venido para recompensarles los males con beneficios. Napoleon es mi solo enemigo; prometo mi especial proteccion á la ciudad de Paris, protegeré y conservaré vuestra guardia nacional que se compone de lo mas selecto de vuestros ciudadanos. Vosotros ahora debéis pensar en aseguraros una felicidad venidera. Vosotros necesitáis un gobierno que os dé reposo y que asegure la tranquilidad de Europa. Vosotros debéis manifestar vuestros deseos y os digo que me hallareis siempre dispuesto á secundar vuestros esfuerzos."

Lo que acabamos de referir, sirve tambien para confirmar lo que dijo Lafayette; que era imposible despues de estos preliminares, adivinar que aquel mismo emperador establecería al cabo de un año á Luis XVIII, sin condiciones ó con las de que habian hablado.

[Nota del traductor.]

doyere: fueron los dos fusilados, pero el primero fué condenado por la cámara de los pares á pesar de la capitulacion de Paris hecha por los generales y no por el monarca. Lavallette, graduado tambien de general, se evadió de la cárcel por industria de su esposa (1). Los Borbones empezaron, pues, su

[1] Despues de la segunda abdicacion de Bonaparte y de la vuelta de Luis XVIII á su capital, uno de los hechos mas notables fué la fuga de Mr. Lavallette, que nuestro autor acaba de indicar en el testo, y cuyos pormenores vamos á insertar en esta nota.

Mr. Lavallette, hijo de un honrado comerciante de Paris, se distinguió en las campañas de Italia á las órdenes del general Bonaparte, que le eligió para su ayudante de campo. Desde entonces Mr. Lavallette, mostrándose cada vez mas adicto al gran conquistador del siglo, le acompañó á Egipto, á Prusia y á varios otros países de Alemania. En el año de 1814, desempeñaba el destino de director de correos, y aunque le fué quitado cuando se verificó la restauracion de los Borbones, volvió á ejercer sus funciones en el año de 1815 tan luego como aquellos príncipes se vieron en la precision de abandonar la capital. Mr. Lavallette fué uno de aquellos que mas contribuyeron al regreso de Napoleon á Francia, por lo cual, acusado despues de los *Cien dias* por semejante hecho, fué condenado á la pena capital á pesar de la capitulacion de Paris. Mr. Lavallette estaba preso y el fallo próximo á ser ejecutado, cuando su esposa, no reparando en ninguna especie de sacrificios para salvar á su consorte tuvo bastante valor y sutileza de ingenio para introducirse en la prision y escaparse con él despues de haber preparado de antemano todo lo necesario para disfrazarse entrambos. Tres oficiales ingleses, [MM. Hutchinson, Wilson y Bruce], que habian favorecido la evasion, le proporcionaron tambien los medios para salir de Francia. Pero en esta ocasion no queremos pasar por alto de qué manera consiguió abandonar á Paris. Uno de los tres oficiales ingleses mencionados, hizo disfrazar á Mr. Lavallette con el uniforme de general de la Gran Bretaña, acomodándole dos grandes bigotes que le desfiguraban en parte el rostro, y al dia siguiente de su evasion de la cárcel, lo condujo con él en un coche descubierto para alejar toda sospecha de fuga hasta las fronteras, en donde detenidos los dos con objeto de presentar sus pasaportes, el oficial que le acompañaba entregó lo que se le requería con toda aquella franqueza propia de los hombres que no tienen nada que temer por la regularidad de su conducta. Dicese que uno de los centinelas de la barrera habiendo mirado detenidamente á Lavallette, aunque no le reconoció enteramente, tuvo algunas sospechas de que fuese él, pero no se atrevió á manifestarlo porque entonces, el uniforme inglés era muy respetado por los Borbones; así que hubiera sido un gran riesgo aventurarse á un acto que podia costar muy caro al que le intentara. Mr. Lavallette se refugió en Baviera, y últimamente, en el año de 1820 consiguió poder volver á Paris, como en efecto lo verificó.

reinado como Bonaparte, á saber, con procesos, con leyes escesivamente rigurosas contra los sospechosos y rebeldes, con tribunales escepcionales y con otras precauciones por el estilo (1). La cámara escitaba al monarca á usar de rigor, y Luis tuvo para sí el mérito de aparentar mas clemencia, contentándose con decretar tan solo el destierro perpétuo de la familia de Napoleon y de los regicidas.

En vez de Talleyrand se dió la cartera de ministro de negocios extranjeros á Richelieu, que habia militado bajo las órdenes de Alejandro y que prefería la alianza rusa á la inglesa. Richelieu y Luis XVIII, prodigaron toda especie de concesiones á los aliados con el intento de que se marcharan cuanto antes de Paris, no habiendo llegado á comprender que á las potencias no les importaba menos el hacerlo, porque sus estados mayores se estragaban entre los deleites y la corrupcion de aquella capital, en donde todo lo que se veía era espectáculo ó ejemplos de revolucion y libertad, peligrosos en una época en que los monarcas mismos los habian fomentado y en que los ingleses propagaban las ideas constitucionales. Richelieu presentó á las cámaras con un discurso dignamente melancólico el tratado de 15 de Noviembre, diciendo que lo consideraría como un borron indeleble sobre su nombre, si no le consolará el pensamiento de que Francia oprimida pedia en alta voz que la librasen de la ocupacion extranjera [2].

Fué un verdadero homenaje á las ideas liberales la devolucion de las obras maestras del arte, reunidas por la victoria en el Museo que llevaba el título de Napoleon, la cual no se efectuó en ventaja de los nuevos dominadores, sino en la de los países mis-

Pero desde entonces no quiso ocuparse mas en asuntos políticos de ninguna especie, prefiriendo la tranquilidad doméstica á todas las ventajas que podían redundarle continuando su carrera de hombre público.

[Nota del traductor.]

(1) En un codicilo de Napoleon se lee: "diez mil francos al oficial subalterno Cantillon que fué declarado inocente despues de haberse formado causa por haber querido asesinar á lord Wellington."

(2) Richelieu escribia el 19 de Noviembre de 1815: "Todo está consumado: ayer he puesto medio muerto mi firma en ese fatal tratado. Habia jurado ya no hacerlo y lo habia dicho al rey; pero este príncipe desgraciado deshaciéndose en lágrimas, me ha suplicado que no le abandone; desde entonces no he vuelto á vacilar. Estoy seguro de que el que se hubiese encontrado en semejante caso habria hecho lo mismo, y Francia, espirando bajo el peso que la oprime, reclamaria imperiosamente una pronta liberacion; la cual, por lo que á lo menos se me asegura, comenzará mañana, y se continuará sucesiva y prontamente."

mos que habian sufrido el despojo: fueron restituidos á Bélgica los cuadros de Amberes, aunque esta plaza estuviese sujeta á otro dueño, y á Venecia esclava se le volvieron los que habian sido quitados á Venecia libre. Cuando Denon en el acto de enseñar á Pio VII, el museo del Louvre, le dijo que le causaría sentimiento ver las obras que habian sido arrebatadas á su país, el pontífice respondió: *la victoria las llevó á Italia, la victoria las ha traído aquí: ¿quién sabe á donde las llevará un dia?*

La profecía se cumplió, y los franceses, que en esta ocasion quedaron tan mal satisfechos, cuanto que eran los únicos despojados, se desahogaban haciendo pasquines contra Canova (1), que habia sido encargado de presidir la devolucion de las estatuas y cuadros italianos.

Así es, pues, que por culpa de Napoleon vió Francia humillado en gran manera su orgullo nacional, menoscabada su dignidad exterior y alterada su seguridad interior. Con el pretexto, pues, de poner freno á sus turbulencias, se vieron tambien oprimidos los demas pueblos de Europa concitados en otro tiempo por su mismo ejemplo.

TRATADOS DE VIENA. [2].

Los monarcas congregados en Viena para reconstruir la gran máquina del derecho público europeo, suspendieron sus tareas y sus diversiones para desnudar nuevamente la espada contra Napoleon, que abandonando la isla de Elba, habia regresado á Francia. Aquel habia sido puesto de nuevo en problema por la revolucion. La asamblea nacional publicaba sus decretos, pero los nobles de Alsacia se habian opuesto á ejecutarlos, aunque estuviesen tambien sus diputados en ella. Por otra parte, las potencias, llevando sus exigencias hasta ingerirse en el régimen interior de un país que no era suyo, y formando las coaliciones de Mántua y de Pílnitz, habian promovido la guerra civil. En 1797 Francia usurpó á Venecia y Génova el poder constituyente; en Ratisbona se abolió la constitucion germánica; en Rastdat fueron asesinados los embajadores, y luego en los tratados sucesivos los estados de Europa, no reparando en conservar su propia existencia, borraron del mapa europeo la Polonia, las repúblicas italianas, los principados eclesiásticos del imperio, casi todas las ciudades libres de Alemania, otros principados de se-

(1) Decian que era, no *embajador*, sino *embalador*.

[2] El tomo XI de la *Historia de los tratados* de Schoell contiene el de Viena y extracta lo mas interesante de las importantes obras de J. L. Klüberty, tituladas: *Actas del congreso de Viena, 1817, y ojeada sobre las negociaciones diplomáticas del congreso de Viena, y especialmente sobre el importante asunto de la confederacion alemana: 1816, en dos partes.*

gunda clase, órdenes de caballería y dinastías. En resolución, así las potencias coligadas como los revolucionarios, sustituyeron el derecho de las armas al de gentes y al poder popular. Y en los últimos años del imperio napoleónico que se había llegado a conocer cuán grande era el pueblo, se le escitaba á la insurrección por aquellos mismos que mas la detestaban, y se le prodigaban grandes promesas por los que menos intención tenían de cumplirlas. De suerte que deshonraron la política y la diplomacia por el trascurso de veinte años, condescendencias engañosas, tratados contradictorios y ambigüedades premeditadas.

Estos eran los tristes ejemplos é infaustos preliminares con que se preparaba el congreso de Viena á restablecer el primitivo edificio político, á poner en balanza como se había preparado ya en Westfalia, los intereses de toda Europa desde el Polo hasta Grecia. Si durante el reinado de Napoleón los tratados no habían sido mas que cortos momentos de reposo y treguas para prepararse á nuevas hostilidades, entonces era muy distinto el caso. Las potencias tenían libre el campo; no había enemigos que combatir ni mas órdenes que obedecer sino las de la justicia; y finalmente, monarcas que hoy recobraban sin trabajo los tronos que habían perdido, podían darse por muy satisfechos recibiendo un poder moderado, al paso que los pueblos, cuyas ideas se habían precipitado aun mas que la política, se hallaban desengañados despues de tantos experimentos. Por lo demas, si Napoleón no había tenido en consideración mas que sus propios intereses y proyectos, mostrándose en esto mas especulativo que los ideólogos á quienes escarnecía, los monarcas se manifestaban ahora deseosos de guardar consideraciones con los pueblos que se habían levantado por su causa y que vivían confiados en el cumplimiento de sus promesas. Todos sobrecogidos de espanto habían temblado ante la fuerza de la espada; se pretendía, pues, romperla; ¿pero quién podría amedrentarse de las ideas de la libertad? ¿No se había acudido á las armas para concluir con el reinado de las arbitrariedades? Pero aunque todos invocaban entonces una restauración, no podía merecer este nombre una paz, que reduciendo tan solo y fijando materialmente los límites de los países, restaurase las monarquías sin consolidar el porvenir sobre bases no arbitrarias, tomadas de la naturaleza de la sociedad. He aquí, pues, el nudo de la cuestión: si el congreso constituía sobre tales bases la paz, ésta duraría por largo tiempo; si no, sus mismas estipulaciones vendrían á ser causas de descontento que darían margen á nuevas revoluciones, las cuales no podrían terminar sino con nuevas guerras.

Los monarcas que á la sazón negociaban personalmente, entremezclados con sus súbditos y sentados á mesa redonda, abandonaron

las cuestiones de preeminencia que en Utrecht habían hecho malgastar muchísimo tiempo: y así ellos como sus ministros manifestaron máximas muy liberales. Proclamaron, que ni los príncipes ni los pueblos debían acudir á las armas, sino impelidos por indispensables necesidades; que debían abolirse la esclavitud y la servidumbre bajo todas sus formas; que debían estrecharse los vínculos entre la religión, la política y la moral; que la fuerza de la espada no constituía el derecho; que debían todos respetar mutuamente la independencia de los estados; que era necesario que los gobiernos se fundaran sobre leyes precisas y espesas; y últimamente, convinieron en que los pueblos tenían el derecho de participar de la legislación, de fijar los impuestos y de manifestar sin trabas sus pensamientos por medio de la palabra y de la imprenta.

Pero, si los reyes, cuya diadema se había convertido en corona de espinas, habían llegado á comprender que, separados de los pueblos, quedaban espuestos á que el primer viento les postrara al suelo, los pueblos habían aprendido también por una triste experiencia, que su único deseo debía ser la tranquilidad, sacrificando tanto su ímpetu como sus deseos como parte de su dignidad. Además, es de notar que las desventuras son una especie de presión que obliga á los hombres á estrecharse unos contra otros, y hace que juntamente con el sentimiento de la fraternidad recobren la subordinación tan necesaria para consolidar las ideas liberales. Pero, por desdicha común, ninguno se hallaba preparado para llevar á cabo la grande obra á que se aspiraba: lo que debe atribuirse á la rapidez con que se sucedieron los hechos, y á las circunstancias que, no permitiendo que las intenciones generosas produjeran sus frutos, impidieron tomar una resolución franca entre la escuela histórica y la racionalista, entre el espíritu teutónico y el liberal.

Hemos dado á conocer ya que los monarcas congregados discutían entre sí sobre puntos muy importantes, y que cuando Napoleón se evadió de la isla de Elba se reunieron mas estrechamente, dando pruebas de su fuerza con la prontitud y resolución con que sofocaron aquel numeroso tumulto; añadiremos, pues, que habiendo quedado vencedores, obraron con mas precipitación y menos consideraciones.

Alejandro era el héroe de aquella época: joven, amable y jefe de un pueblo tan abezado á obedecer, que no podía infundirle recelos por mas que hablara de libertad, parecía el único contra quien se había estrellado el poder de Napoleón, y de cuya sola voluntad dependían los destinos del mundo. Su propensión al misticismo, originada por la necesidad acosadora de borrar una funesta memoria (1), tomó incremento por sus re-

(1) El asesinato de su padre Pablo I. V. P. 303.

laciones con la baronesa Krüdner de Riga (1). Esta había renunciado á los regalos de la opulencia para constituirse propagadora de la palabra de Dios, y cristianizar al mundo entero segun la norma de la *Iglesia primitiva, tomando de las diversas comuniones religiosas las verdades universalmente consentidas*. Había recorrido la Alemania y la Suiza acompañada de mas de cuarenta personas que decían: *á ninguno llamamos; pero los elegidos de Dios nos siguen*: y distribuyendo sopas económicas, que sus prosélitos recibían hincados de rodillas, como don celestial. Sabido es que en casos semejantes se encuentra siempre mas auditorio entre el pueblo bajo, y esto fué lo que sucedió á la Krüdner; pero ella creyó que el congreso de reyes había sido dispuesto por el cielo para efectuar en grande su apostolado, mediante la alianza de los poderosos, consolidada por

[1] Julia de Wittinghott, cuyas místicas visiones la han hecho adquirir gran celebridad, era hija del gobernador de Riga, en donde salió á luz el año de 1766. Rayaba apenas en los 14 años cuando contrajo matrimonio con el baron de Krüdner, embajador de Rusia en Berlin, é hizo un papel muy airoso en el mundo, tanto por su elevado rango como por su vida galante. Pero al cabo de algun tiempo, retirándose de sus relaciones costumbres, de los bailes, de los saraos, de las diversiones amorosas y diplomáticas, se entregó á una devoción exaltada, creyendo haber recibido del cielo la alta misión de regenerar el cristianismo. Dominada por esta especie de locura, recorrió toda la Alemania, visitando á los presos, predicando en campo raso, prodigando limosnas, y granjeándose la admiración y el afecto de millares de personas, que la seguían por do quiera. En 1814 tuvo varias conferencias con los príncipes aliados, que acababan de entrar en Paris, y principalmente con el emperador Alejandro, á quien se dice que vaticinó la fuga de Bonaparte de la isla de Elba, y su última caída. La baronesa de Krüdner fué la que propuso y promovió la Santa Alianza entre los soberanos de Europa: los políticos, y con especialidad los pueblos, saben mejor que nosotros si aquella fué una inspiración divina. El hecho es, que esta buena señora pasó de Paris á Suiza, despues nuevamente á Alemania, siguiendo el curso de sus predicaciones y el noble oficio de misionera; pero tuvo la mala suerte de ser espulsada de todos los países, porque las autoridades locales recelaban su influencia. Finalmente, el año de 1822 se retiró á Crimea con el útil proyecto de fundar una casa de refugio para los pecadores públicos y para toda clase de culpados; pero quedaron frustradas sus buenas intenciones, porque la picara muerte cortó el hilo de tan preciosa vida. La Sra. Krüdner falleció el año de 1825 en Kara-sou-Bazar, y nos dejó además de la memoria de sus tareas por la Santa Alianza, una novela titulada *Valeria*, publicada en Paris el año de 1803, la cual, por lo que puede conjeturarse, es la historia de su propia vida.

[Nota del traductor].

medio de la religión. Con este motivo, tenía conferencias místicas á que asistían los monarcas; pero la inspirada halagaba en especialidad á Alejandro, dándole el alto renombre de *brazo de Dios, ángel blanco del mundo*, así como á Napoleón el de *ángel negro*.

Con arterías semejantes se insinuó en la imaginación ardiente y por tanto móvil de Alejandro, el cual, cada día iba secretamente á escuchar sus consejos y á rezar con ella. Aquel emperador meditó entonces construir un nuevo derecho público europeo, fundado sobre la reconciliación de las iglesias disidentes, pretendiendo abrir de esta manera las puertas del reinado de la paz y de la felicidad general. Estendió, pues, el acta de la Santa Alianza en estilo místico como solía acostumbrar en sus proclamas: las cuatro grandes potencias se obligaban en ella esplicita y diplomáticamente á practicar las virtudes evangélicas, lo que constituía una singular espresion de la política en forma bíblica, al paso que revelaba cuán generalmente se sentía la necesidad de union. Con arreglo al precepto evangélico, prometieron los aliados: "Amarse con indisoluble amistad fraternal y ayudarse uno á otro, gobernar paternalmente á sus súbditos, mantener con sincero afecto la religión, la paz y la justicia, considerarse como miembros de una misma nación cristiana, que tiene por único soberano á Jesucristo, *verbo allísimo*, considerarse cada uno como encargado por el Todopoderoso de dirigir una rama de la misma familia, é invitar á todas las demas potencias á reconocer estos principios entrando en la Santa Alianza (1)."

Halagaba la imaginación un pacto contraído en el nombre de Dios, para el bien del género humano; pero qué significación tenían frases semejantes!... Que los monarcas de la tierra, que se reputaban padres, se unían para disponer con autoridad absoluta lo que creyesen mas conveniente á sus hijos, sin que éstos tuvieran el mas leve conocimiento de ello. Jorge IV de Inglaterra se negó á formar parte de la Santa Alianza, diciendo, que no le parecía conciliable con la libertad de los pueblos.

Los actos del congreso de Viena fueron reparaciones de territorios y sancion de principios. Las primeras tendían á establecer paladinamente barreras fijas á Francia y con pretextos encubiertos á Rusia; y los segundos, á pesar de que desde un principio llevaron el timbre del liberalismo, anunciando que se pretendía refrenar el despotismo, no siguieron el mismo rumbo porque se tuvo miedo á la libertad. Las grandes potencias habían verificado ya su reparto, siguiendo el ejemplo del león de la fábula, con respecto á las potencias menores. Los prusianos se habían apoderado de Sajonia, los rusos de Polonia, los austriacos de la alta Italia, los

[1]. *Monitor* del 5 de Febrero de 1816.

ingleses de Malta, Helgoland y el Cabo, sin que ni unas ni otras se manifestasen dispuestas á ceder alguna parte de sus adquisiciones.

Se habian estipulado tambien tratados particulares con Murat, con Dinamarca, con Eugenio Beauharnais y con los príncipes destronados. Las complicadas cuestiones, pues, que se pusieron en tela de juicio, y que parecia que debian ser resueltas apelando escrupulosamente á los dogmas del derecho internacional conculcado, lo fueron por consideraciones personales, por la sencilla razon de que se quiso contentar á las altas potencias, ratificando sus conquistas, y humillar á Francia estrechándola entre Austria y Prusia, y robusteciendo á sus vecinos. De los pueblos no se dijo siquiera una palabra.

Luis XVIII, no obstante su mucho temor de que los que le habian restablecido en el trono podian tacharle de ingratitude, escribió de su puño y letra instrucciones á Talleyrand, que lo representaba en el congreso, repitiendo con especialidad que ni la conquista ni la posesion, daban ningun derecho si no eran sancionadas voluntariamente por una renuncia ó un tratado. Aun cuando se hubiesen restituído á Francia sus antiguas fronteras, se habria alterado el equilibrio, porque las demas potencias se habian aumentado á su costa; pero á pesar de esto se le quitaron de lo que poseia en 1789, millon y medio de súbditos en las colonias, y diez y siete leguas cuadradas en Europa. No se le concedió un palmo de terreno en la península itálica ni en Alemania; quedó separada del Rin y de la Saboya; ceñida por do quiera de potencias guerreras, desarmada mientras los demas países conservaban su ejército, aislada mientras los demas habian formado alianza, sin garantías interiores despues de tantos trastornos políticos, y con una dinastía nueva, celosa de los gobernantes caídos é inesperta en las formas constitucionales. se habrian escedido aun mas, y se la habria privado tal vez de la Lorena y de la Alsacia, como pretendian los ingleses y los alemanes, si no se hubiera opuesto enérgicamente el orgullo de dos potencias ébrias con su inesperado triunfo, la moderacion y la celosa prevision del emperador Alejandro, el cual, dando oídos á los consejos de Capodistria, se opuso incesantemente á tantas indiscretas humillaciones que podian ocasionar en Francia una reaccion, y obligarla á buscar el apoyo de las simpatías populares.

Talleyrand, que habia sido autor de la caída de Bonaparte y de la restauracion de la dinastía borbónica, inventó á la sazón la nueva palabra de *legitimidad*, pero aplicada únicamente á los monarcas, y pretendió que tanto mayores serian sus retribuciones, cuanto mas poseyeran en millas, rentas y número de almas [1]. Talleyrand, jacobino, par-

[1] Talleyrand destruía el principio de la soberanía nacional; contaba á los pueblos por ca-

tidario de la fuerza y hombre positivo, triunfó sobre los principios de santidad proclamados por el Evangelio.

Habiendo prometido las potencias la posesion de Noruega al rey de Suecia, la Gran Bretaña se preparó á reducirla por fuerza y por hambre; pero aquel país se defendió desesperadamente y se dió una constitucion que conservó por espreso convenio, cuando se vió obligado á ceder [14 de Mayo de 1814]. Esta adquisicion colocó en puesto preferente á Suecia, que desde entonces tuvo una barrera entre su territorio y el de Dinamarca, mientras que abandonando por otra parte la Finlandia se separaba de la amenazadora vecindad de Rusia, amenoraba sus gastos por no tener tantos amagos de guerra interior, y quedaba robusta entre Rusia é Inglaterra para proteger la navegacion del Báltico.

La Dinamarca obtuvo en cambio la Pomerania sueca y la isla de Rugen, que cedió á Prusia recibiendo por esta potencia el Lauemburg hasta el Elba: compensacion mezquina con respecto á su superficie, pero muy considerable por su situacion.

Despues de haber declarado neutral á Suiza para proteger el lado débil de Francia, se le dió con la precipitacion que caracterizan los actos de aquella época, una constitucion federal.

No se trató de España por haberla recobrado su antiguo monarca. Al Portugal, que se habia convertido en colonia desde el momento en que su corte se habia trasladado al Brasil, habria sido conveniente darle una organizacion, pero no se hizo, esperando á que llegasen acontecimientos imprevistos é irreparables.

Rusia habia agregado á sus estados la Finlandia al Norte, al sur Besarabia y parte de la Moldavia, y al Este muchas provincias que habia adquirido á la sazón, mediante un tratado de paz con Persia. Alejandro queria restablecer la Polonia, formando con ella una monarquía para su hermano Constantino ó para el duque de Oldemburgo; pero la Prusia no se manifestó dispuesta á ceder la parte agregada á su territorio hasta que se le diera la Sajonia. Talleyrand entonces sostuvo que no podia desposeerse á una dinastía, y que la conquista no anulaba los derechos [1]. Esta contienda se acaloró en gran

bezas como el ganado, y no teniendo en consideracion las dotes personales de los monarcas, abogaba en favor del mas poderoso.

(Nota del traductor.)

[1] Talleyrand en una nota á Metternich, escrita en 19 de Diciembre de 1814, dice con un calor y unos argumentos muy estraños en su boca y en aquella circunstancia, lo que vamos á referir: "La cuestion de Sajonia se ha hecho capital, porque en ninguna otra se hallan comprometidos á la vez y en tan alto grado los dos principios de la legitimidad y del equilibrio. Para que fuese justo disponer de este reino, seria pre-

manera, y los aliados estuvieron á punto de resolverla acudiendo á las armas, aliándose Francia, Inglaterra y Austria, é invitando por su parte Constantino de Rusia á los polacos á unirsele para defender su existencia como nacion, mientras el conde de Nesselrode declaraba que ocho millones de individuos acudian á las armas para conservar su independencia. Pero si Castlereagh instigaba estos movimientos por temor de que Alejandro consiguiera una preponderancia, otro miedo todavia mas grave, á saber, el del regreso de Napoleon, hizo que se prescindiera de rivalidades, y Polonia formó un reino unido al imperio ruso, pero distinto de éste por sus constituciones, al paso que se declaraba libre é independiente para siempre á Cracovia. Pero si Polonia [1] quedaba desmembrada, no se encontraba en situacion mas feliz el reino de Sajonia, á quien se pretendia castigar por su condescendencia con Napoleon. En efecto, se le privó de la mitad de los países que tenia, dándose los á Prusia, que con ellos y los que habia adquirido por el tratado de Luneville, se encontró con un territorio doble mayor del que poseia en tiempo de Federico II. Todas estas ventajas las debió en su mayor parte al conde de Hardemberg, su representante, que encubriéndose bajo el manto de las generalidades, alimentaba el constante y bien calculado proyecto de engrandecer á su país.

Con respecto al resto de Alemania, se debian repartir en primer lugar los territorios vacantes: título con que se calificaban á los estados seculares y á los que no pertenecian á soberanos ni príncipes reconocidos, ni se pensaba devolver á sus antiguos dueños. Despues era preciso tambien organizar la administracion interior segun las amplias promesas que se habian hecho, y las esperanzas todavia mas ilimitadas que se habian infundido. El tratado de Paris estipulaba que los Estados de Alemania serian independientes, y estarian unidos con un vínculo federal. ¿Pero qué sentido podian tener frases semejantes? ¿Se habia visto hasta entonces una federacion de monarcas y príncipes no subordinados á ninguno? ¿Cuáles debian ser

ciso admitir que los monarcas pueden ser juzgados; que pueden serlo por todo aquel que quiera y pueda invadir sus dominios; que pueden ser condenados sin defensa y sin ser oídos; que en su condenacion se puede envolver á sus familias y pueblos; que la confiscacion abolida en el código de las naciones civilizadas, debe ser sancionada en el siglo XIX por el derecho general de Europa, como si la confiscacion de un reino fuera menos odiosa que la de una choza; que los pueblos no tienen ningun derecho distinto de los de sus reyes, y pueden asemejarse á los rebaños de una granja; que se pierde y se adquiere la soberanía por el mero hecho de la conquista; en resolucion, que todo es legitimo para el mas fuerte."

[2] Austria le quitó la independencia y la libertad en 1847.

los límites de esa independencia! ¿Cuál la naturaleza de su vínculo federal! Estas fueron las cuestiones que pusieron en tela de juicio Austria y Prusia con la Baviera, el Wurtemberg y el Hannover convertidos en reinos, sin intervencion de Sajonia, cuya suerte quedada aun indecisa. Los demas Estados y ciudades, mal satisfechos de verse escludidos formaron otro congreso, cuyas resoluciones nadie tuvo en consideracion, como tampoco la historia ni los deseos de los pueblos. Pero al paso que se juzgaba necesario estrechar los lazos que unian á los Estados, no se queria echar mano de los medios para conseguirlo. No se quiso, pues, restablecer la dignidad imperial, que desagradaba tanto al Austria como á los nuevos monarcas; y pareció bastante que Austria y Prusia obtuvieran igual peso en la confederacion. En cuanto á las libertades prometidas á los pueblos, es de notar que el momento de la necesidad es muy distinto de aquel en que tranquila y sosegadamente se trata de hacer arreglos. Convenian todos, sin embargo, en la necesidad de introducir ó restablecer los Estados provinciales; y el Austria misma convenia en ello. La Prusia, la mas avanzada entre los alemanes por las instituciones de Stein y Hardemberg, madura para recibir una representacion nacional, y bienquista de Alemania por el papel que habia desempeñado en 1813, disfrutaba ahora de la comun benevolencia y del apoyo de los varones ilustrados. El Hannover, que abrigaba ideas inglesas, pensaba que las mudanzas ocasionadas por la conquista no debian engendrar el despotismo, ni producir la abolicion de las constituciones particulares, ni menos de aquel gobierno representativo que desde tiempos muy remotos era de derecho comun en Alemania [1]. En efecto, la Gran Bretaña era á la sazón el tipo de todos los estadistas, por lo que se hablaba incesantemente de constituciones, cuyo objeto fuese tambien el de asegurar la paz interior impidiendo que la lucha de las facciones se extendiese hasta el trono, y dejando tan solo á los ministros en casos semejantes toda la responsabilidad.

Pero Baviera y Wurtemberg, que se oponian por miedo de que se mermara la sobe-

[1] El plenipotenciario hannoveriano en una nota del 21 de Octubre, decia: "El gobierno representativo ha sido desde los tiempos mas antiguos de derecho comun en Alemania. En muchos Estados sus principales disposiciones se fundaban sobre tratados entre el soberano y los súbditos; y aun en los países donde no se conservaron las constituciones de los Estados, los súbditos tenian algunos derechos importantes reconocidos y protegidos por las leyes del imperio. La soberanía no implica ninguna idea de despotismo. El rey de la Gran Bretaña es tan soberano como cualquier otro de Europa, y las libertades de su pueblo robustecen su trono en vez de debilitarlo."

ranía que habían adquirido, recurriendo á un consejo federal, decían que los derechos de los pueblos respecto de los soberanos, eran una cuestión doméstica, con la cual no tenía nada que ver el congreso.

La evasión de Bonaparte sofocó también las disensiones sobre el particular, y juzgando, finalmente, que el régimen interior no era más que una propiedad individual y sagrada, se dejó á cada uno la libre facultad de arreglarla á su modo. Aquellos mismos que habían constituido la oposición se avinieron á ello, prefiriendo tener una constitución imperfecta á no tener ninguna. Austria recobró el Tiro y Salzburgo, indemnizando á la Baviera con territorios vacantes. Al gran duque de Würzburgo le fué devuelta la Toscana; el primado renunció al ducado de Francfort; los demás miembros de la confederación del Rin se conservaron como Napoleón los había organizado: el reino de Westfalia fué repartido entre los primitivos poseedores; Oldemburgo, Mecklemburgo y Sajonia-Weimar lograron el título de grandes ducados, igualmente que el Luxemburgo agregado á los Países Bajos, y Francfort, Bremen, Lubeck y Hamburgo fueron declaradas ciudades libres. Estas y los príncipes soberanos de Alemania, incluso el emperador de Austria, los monarcas de Prusia, Dinamarca y Países Bajos formaron una confederación perpetua (1) para la seguridad interior y exterior, y la recíproca independencia é inviolabilidad, reputándose todas iguales en cuanto al ejercicio de sus derechos; en la Dieta de Francfort, bajo la presidencia honoraria del Austria, se repartieron diez y siete votos entre los treinta y ocho miembros confederados: si bien cuando se tratase de leyes fundamentales, votaría cada Estado en asamblea plena, según su extensión formando sesenta y nueve votos. Se convino también que no se resolverían sus diferencias acudiendo á las armas; que cada Estado sería libre en sus alianzas, pero respetando siempre la confederación y los Estados que

(1) Los contrayentes fueron: 1º Austria y 2º Prusia por los países que antiguamente habían pertenecido al imperio germánico, inclusa la Silesia; 3º Baviera; 4º Sajonia 5º Hannover; 6º Wurtemberg; 7º Baden; 8º Hesse electoral; 9º el Gran ducado de Hesse; 10 Dinamarca por el Holstein; 11 Los Países Bajos por el Luxemburgo; 12 Brunswick; 13 Mecklemburgo-Schwerin; 14 Nassau; 15 Sajonia-Weimar; 16 Sajonia Gotha; 17 Sajonia Coburgo; 18 Sajonia Meiningen; 19 Sajonia-Hildburghausen; 20 Mecklemburgo Strelitz; 21 Holstein-Oldemburgo; 22 Anhalt-Dessau; 23 Anhalt Bernburgo; 24 Anhalt-Köther; 25 Schwartzburgo-Sondershausen; 26 Schwartzburgo-Rudolstadt; 27 Hohenzollern Hechingen; 28 Lichtenstein; 29 Hohenzollern-Sigmaringen; 30 Waldeck; 31 y 32 Reuss, líneas primogénita y segunda; 33 Schanburgo Lippe; 34 Lippe Detmond; 25 La ciudad libre de Lubeck; 36 Francfort; 37 Bremen; 38 Hamburgo.

la componían; que en cada uno de ellos se establecerían asambleas territoriales. No habiéndose, sin embargo, determinado en esta última cláusula cómo ni cuándo habían de constituirse tales asambleas, esto bastó para que los confederados se dispensaran del cumplimiento de la palabra.

Los Estados mermados que reclamaban ahora sus territorios perdidos, recibieron por respuesta que acudiesen á la Dieta; pero no habiendo logrado nunca tener voto en ella, consiguieron tan solo algunos privilegios y distinciones en los demás Estados á quienes habían sido agregados. Respecto de los príncipes eclesiásticos nada se arregló, habiéndose aprovechado todos los monarcas de sus despojos, ni tampoco se aseguró su subsistencia á los prelados. Estas decisiones y muchas otras, entre las cuales la que se refería á la libertad de imprenta, fueron dejadas para la Dieta.

Había, pues, cambiado sobremanera la antigua organización de Alemania: el sacro romano imperio, el que lo representaba con el título de emperador, los electores, la gerarquía entre los príncipes, el tribunal común, habían desaparecido del todo. La dieta había cambiado también de naturaleza, pues no tenían representación en ella la Iglesia, ni los nobles, ni las ciudades; y finalmente, no necesitaba el consentimiento del emperador. Perdieron entonces la bula de oro y las capitulaciones electorales, y se aceptaron los títulos y el poder absoluto, tales como los había dado un conquistador extranjero. En efecto, la supremacía de hecho en Alemania quedó en manos de Prusia, mientras Austria dirigía sus fervorosas miradas cada vez con más codicia á Italia y á los esclavos. El catolicismo, en tanto, reducido á los devotos de Austria y Baviera únicamente, descendió á un puesto subalterno en aquel imperio, que en la edad media se había hallado á la cabeza de la cristiandad (1). A pesar de que se conservó la unidad de raza, no se tuvo en cuenta la que dimanaba de leyes, de instituciones y garantías comunes; no se estableció centralización de ninguna especie; dejáronse vigentes todos los defectos de que el imperio adolecía, pero sin la veneración que le daba su antigüedad; y la Alemania se halló con que le habían sido cercenadas las libertades nacidas en su seno, y en cuyo nombre había empuñado las armas.

Se cubrió, sin embargo, en Alemania con el negro manto del olvido la memoria de tantas esperanzas perdidas y el retraso en el cumplimiento de muchas promesas, porque había sido halagado el voto común con la

[1] El rey de Sajonia es católico; pero el dominio de los protestantes en su país le obliga á obrar en su sentido. Hohenzollern-Sigmaringen y Hezlingen y Lichtenstein, católicos, tienen un voto dividido con cinco protestantes. Sin embargo, los católicos son quince millones y los protestantes solamente trece.

reconquistada nacionalidad; y la satisfacción de haberse emancipado del yugo extranjero hacia cerrar los ojos en cuanto á los medios de que se había echado mano para lograrle. Aunque un crecido número de pequeños trozos aumentaba los gastos, los ejércitos, las cortes, siendo cada uno de ellos demasiado débil para sostenerse por sus propias fuerzas, la Alemania no dejaba de estar contenta después de haber recobrado su independencia y sus antiguas fronteras. Por lo demás, creía tener menos que temer de la ambición austriaca ó prusiana, confiando en que Francia y Rusia la reprimirían. Y finalmente, era muy halagüeño ver á todos los Estados obligados á combatir contra cualquier enemigo que se levantara, y sometidos todos á príncipes alemanes, aun cuando no se hubieran observado respecto de todos las prescripciones de la moral y de la justicia.

Los Países-Bajos fueron dados á título de aumento de territorio á Holanda, suponiendo que ésta con la escuadra y aquellos con el ejército, constituirían una fuerte barrera entre Francia y el Norte, tanto más, cuanto que podrían fácilmente darse la mano con los prusianos. La casa de Orange tomó el título de real, otorgando una constitución, en la cual pretendía fundir dos pueblos diversos en origen, lengua y culto, y la Gran Bretaña, en compensación de Esequibia, Demerary Berbice, que le habían sido cedidas por Holanda, guarneció sus fronteras con una línea de fortalezas. Al rey de Holanda quedaron solamente las colonias de Surinam, Curasao, San Eustaquio, San Martín, Batavia, Banca y las Molucas, que le habían sido devueltas.

Austria se había mostrado más pertinaz que nadie en una lucha casi continua de veintidos años; no había reparado en sacrificios de ninguna especie, ni en gastos, ni en naturales afectos, inmolando sobre el ara del conquistador su dignidad, sus pueblos y hasta su sangre (1); la última siempre en abandonar el campo; en la paz siempre alerta para la guerra, y en sus alianzas con el enemigo espionando las oportunidades de hacerle traición; pareció, pues, justo que se le recompensara de tantos esfuerzos engrandeciendo su imperio. El Austria entonces se alió con Prusia, echando en olvido sus antiguas rivalidades con aquella potencia (2), se despojó

(1) Alude César Cantú al matrimonio de Napoleón con María Luisa.

(2) La unión, de Austria, Prusia y Rusia, que después llegó á ser el fundamento de la paz de treinta años, á contar desde 1815, había sido considerada por los grandes políticos como el hecho más monstruoso é imposible. El silesiano Gentz, uno de los hombres más enterados en negocios de esta naturaleza, y que escribía en 1814 los protocolos de Austria, y después sus periódicos, hasta que murió en 1832, desesperanzado del triunfo de su causa, decía en 1801, á propósito de la liga de 1772: "Esta unión transitoria

del manto imperial, que lejos de aprovecharle, había llegado á ser un estorbo para ella, y reunió bajo un título fastuoso sus provincias, que eran un compuesto eventual de partes heterogéneas. En 1778 había intentado ya cambiar por la Baviera la Bélgica, posesión lejana que daba poco de sí y de difícil defensa; provincia, en fin, que en un año de guerra le costaba más de lo que producía en diez; así que no perdió nada con deshacerse de ella. Conociendo, pues, que se le impediría extender su territorio en Alemania, y no agradándole tampoco dilatar sus dominios hacia Oriente, á pesar de que su sistema patriarcal había contribuido en aquellas regiones á librar á los pueblos de la barbarie, dirigió sus miras á Italia y obtuvo en ella un reino extenso, floreciente y poderoso.

Italia durante la revolución había sufrido de grado ó por fuerza un cambio absoluto, tanto en política como en ideas. Napoleón había desmembrado en aquella península pueblos unidos por los vínculos de la patria y del idioma, y constituido un reino que aislado de Francia no podía ser gobernado sino por medio de intrigas. Careciendo además de porvenir, si quedaba débil sería absorbido por Francia, al paso que absorbería el resto del país, del cual se había desprendido, si llegaba á robustecerse. Sin embargo, sin los actos de violencia cometidos contra el papa, Napoleón habría podido reducir la península á tres estados confederados entre sí, que no tenían interés en ofender á los demás, y cuya independencia habría bastado para asegurar las rivalidades entre Austria y Francia. Pero no tuvo bastante valor para tanto, y no se atrevió á dar este gran paso hacia la unidad. Después los italianos, lisonjeados por los monarcas en su eterno deseo de independencia, vieron la posibilidad de lograrlo en la unión popular y en sus aumentos de fuerza y de industria; pero cuando llegó el momento de obrar, se fiaron en promesas ajenas más bien que en sus propias fuerzas, y sucumbieron (1). En la refundi-

de Austria, Prusia y Rusia, era un fenómeno singular, producto del concurso de circunstancias extraordinarias, auxiliado por el genio de uno de los varones más eminentes, y que salía de la esfera de los cálculos ordinarios de la política. Tales fenómenos no se deben tener en cuenta, porque escuden del círculo de la ciencia y manifiestan la insuficiencia humana; ni podría reproducirse en muchos siglos semejante combinación, cuya duración sería contraria á la naturaleza de las cosas y al orden necesario de todas las relaciones políticas." [*Etat de la France á fin de l'an VIII.*]

(1) El 20 de Marzo de 1815, lord Castlereagh, plenipotenciario de Inglaterra en el congreso de Viena, interpelado en el parlamento inglés sobre el mercado de pueblos que se había celebrado por los monarcas, dijo: "que la intención de éstos había sido establecer un sistema bajo el cual los